

GÁLVEZ DE CABRERA, MARÍA ROSA (1768 – 1806)

POESÍAS

ÍNDICE

ADVERTENCIA

LA CAMPAÑA DE PORTUGAL

ODA AL EXCMO. SEÑOR PRÍNCIPE DE LA PAZ

LA BENEFICENCIA

ODA A LA EXCMA. SRA. CONDESA DE CASTROTERREÑO, CON MOTIVO DEL
DISCURSO QUE PRONUNCIÓ EN LA REAL JUNTA DE DAMAS EN ELOGIO
DE LA REINA NUESTRA SEÑORA

LAS CAMPAÑAS DE BUONAPARTE EN ITALIA

ODA

LA POESÍA

ODA A UN AMANTE DE LAS ARTES DE IMITACIÓN

DESCRIPCIÓN FILOSÓFICA DEL REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO

ODA A DON MANUEL DE QUINTANA

LA VANIDAD DE LOS PLACERES

ODA

EN LOS DÍAS DE UN AMIGO DE LA AUTORA

ODA

EN ELOGIO DE LA REPRESENTACIÓN DE LA OPERETA INTITULADA EL
DELIRIO, EJECUTADA EN EL COLISEO

DEL PRÍNCIPE

ODA

LA NOCHE

CANTO EN VERSO SUELTO A LA MEMORIA DE LA SEÑORA CONDESA DEL
CARPIO

A DON MANUEL QUINTANA EN ELOGIO DE SU ODA AL OCÉANO

VERSOS SÁFICOS

DESCRIPCIÓN DE LA FUENTE DE LA ESPINA EN EL REAL SITIO DE
ARANJUEZ

ROMANCE ENDECASÍLABO

A LICIO

SILVA MORAL

DESPEDIDA AL REAL SITIO DE ARANJUEZ

OCTAVAS

ADVERTENCIA

Las Poesías líricas impresas en este tomo son por la mayor parte hijas de las circunstancias; y sólo las presento como una prueba de lo que he podido adelantar en este género. Tales cuales sean unas y otras, confieso ingenuamente que no es mi ánimo entrar en competencias literarias con los que corren por poetas entre nosotros. Conozco la diferencia que hay entre unos talentos mejorados con el estudio, y una imaginación guiada sólo por la naturaleza. Por tanto, espero que, leídas estas obras sin prevención, logren la indulgencia del público.

LA CAMPAÑA DE PORTUGAL

(Oda al Excmo. Señor Príncipe de la Paz)

¿A quién aprestas, sanguinario Marte,
el carro del terror? ¿A quién, Belona,
tus armas invencibles destinando,
previenes la corona
de laurel inmortal? ¿Será que hollando
los enemigos del hispano suelo
sus guerreros convoque a la campaña,
y que el clarín belígero sonando,
el héroe de la España,
para domar al Luso belicoso,
marche a su frente impávido y brioso?

¡Ay! Sí será. La patria desolada
su nombre implora, en su valor confía:
Lusitania, Albión, en odio ardiendo
la insultan a porfía;
él vuela a su socorro combatiendo
por su antiguo esplendor; hijos del Tajo,
seguid su curso; sus orillas vean
la afrenta y la venganza compitiendo;
porque testigos sean
de que el héroe español jamás() consiente
de su patria el agravio impunemente.

Sonó la trompa, y a su ronco estruendo
la tierra gime, y ruge el océano:
su antorcha horrible la discordia enciende;
y al nombre soberano
del heroico Borbón, que Esperia entiende

apellidar por ti, noble caudillo,
las huestes valerosas sus hogares
dejan en soledad. Ya el campo emprende
hazañas militares;
y al viento los pendones desplegando,
tú vas su marcha y su valor guiando.

A tu ademán guerrero, al ver tu espada
defender los castillos y leones,
Lusitania, temblando estremecida,
teme que los coronas
sobre su antiguo trono; enfurecida
invoca de sus hijos los aceros
en vano en su favor; en vano implora
sus soberbios guerreros;
aterrados los ve, y huye oprimida,
encubriendo las quinas con su manto,
a esconder su dolor bañada en llanto.

Ya el español ejército penetra,
los enemigos campos; la victoria
volando en ellos, al valor ofrece
la palma de la gloria.
»Si tan ilustre premio pertenece
»(Dijo el caudillo) al vencedor brioso,
»nuestro será, españoles; peleamos
»por la patria abatida; ella perece;
»a defenderla vamos;
»demos reposo a la afligida tierra,
»y la paz arranquemos a la guerra.»

Cesó; y la paz, que en el Olimpo habita,
de la mísera Europa desterrada,
sus votos oye, y al Eterno implora
en favor de su espada.
De morir o triunfar llega la hora;
llega, y tú marchas, lidias, y vencido
el furor de Olivencia y Portoalegre,
en sola una batalla destructora,
Campomayor rendido,
apenas vio empezarse la campaña,
cuando el triunfo cantó la madre España.

Así, cuando del cielo la hermosura
el hórrido nublado va empañando,
y el rayo anuncia el pavoroso trueno,

al orbe amenazando,
suele romper su ennegrecido seno
del puro norte el soplo impetuoso,
y lanzándolo al sud, brilla sereno
el sol majestuoso,
reflejando su luz los horizontes
del hondo valle a los soberbios montes.

»No más horror ni sangre (la Paz clama
desde la esfera al héroe victorioso)
»yo desciendo a la tierra a coronarte
»con el ramo dichoso
»de la oliva pacífica; si Marte
»sus armas te cedió, yo te destino
»recompensa más digna de tu pecho.
»Quien mi nombre te dio, también va a darte,
»de la envidia en despecho,
»el honor de gozar de la victoria,
»y al lado tuyo disfrutar la gloria.»

Dijo; y descende, y el furor destierra
del campo vencedor; ve los guerreros
aclamar sus augustos Soberanos,
que llegan placenteros
a celebrar la paz, de gozo ufanos.
Salve una y veces mil, paz deseada;
salve una y veces mil, héroe dichoso,
que vuelves el descanso a los humanos;
tú logras animoso
que den fin a la guerra y sus horrores
la paz, y tus Monarcas vencedores.

Y ¿qué, después de tan feliz conquista,
será negado a ti? Por todas partes
tu nombre sonará; benigno el cielo
de las divinas artes
vuelve a la España el plácido consuelo.
Paz y salud repiten los ancianos,
los jóvenes, las tímidas doncellas;
paz y salud al oprimido suelo
mi voz canta con ellas
y alborozado el genio que me inspira,
acentos de placer presta a mi lira.

Y ¿a quién mejor que a ti la musa hispana
deberá celebrar, pues generoso

proteges de las artes las tareas;
pues tu influjo piadoso
en su prosperidad benigno empleas?
Yo a tu valor la dulce poesía
reverente consagro; ella te ofrece
la gloria de tu patria, que deseas,
y en su canto aparece
de tu campaña el triunfo, que en la historia
hará inmortal tu nombre y mi memoria.

LA BENEFICENCIA

*Oda a la Excma. Sra. Condesa de Castroterreño, con motivo del discurso que pronunció
en la Real Junta de Damas en Elogio de la Reina Nuestra Señora*

Virtud consoladora, don del cielo,
pura beneficencia,
si el tierno pecho que tu fuego inspira,
en tu elogio despliega su elocuencia,
no te desdeñes, no, de oír mi lira,
invocar y aplaudir tu nombre santo;
no te desdeñes, no, de oír mi canto.

Tú, que para aliviar a los mortales
del Olimpo descendes,
buscando el corazón noble y piadoso,
que con tu llama celestial enciendes;
a ti, entonando el himno sonoro,
naturaleza sus consuelos canta,
y adora el ser que tu bondad levanta.

Amira es el modelo venturoso
que elegiste en la tierra
para animar la humanidad doliente:
su noble pecho la ternura encierra
que necesita el mísero inocente;
y hallan su amparo en él, y su disculpa
los infelices hijos de la culpa.

Oigo su voz de gratitud sublime
hasta el trono elevarse;
del genio y la piedad arrebatada,
contra el prestigio de razón armarse:
por la virtud y compasión llevada,

ella ofrece a la España en su elocuencia,
de su Reina la gloria y la clemencia.

Yo te admiro, y te sigo en las tareas
de tus tiernos cuidados;
penetras la mansión adonde gimen
los desgraciados niños desgraciados;
allí con la miseria los oprimen
de la orfandad los males horrorosos,
y allí gozan tus dones generosos.

Cual suele el austro del helado polo
en el hórrido invierno
asolar la campiña deliciosa,
que el decreto inmutable del Eterno
deja volar con furia vagarosa,
quedando a su rigor naturaleza
afligida, sin pompa ni belleza;

Que al tornar la brillante primavera
de rosas coronada,
alza del polvo la abatida frente,
de flores y de frutos adornada;
abre su helado seno al sol ardiente,
y por doquier fertilidad mostrando
va al hombre sus tesoros prodigando.

Así tú, Amira, el infeliz albergue
donde reinaba el llanto,
recuperas también de inmensos males;
tanta es tu compasión, tu celo tanto,
que imitas a los seres celestiales;
todo siente tu vista la ternura
que te inspira la fiel naturaleza.
Si a ti fue dado de la Real Luisa
elogiar las virtudes,
también fue dado con benigna mano
practicarlas por ti; gozosa acudes
al socorro que anhela el ser humano;
por sus alivios velas y te afanas,
y en su conservación el lauro ganas.

Yo vuelo a par del tiempo, viendo el curso
de las generaciones;
en mi mente su giro retratando
oigo a tu nombre dar las bendiciones,

que el egoísmo en vano fue buscando:
la patria te celebra, te engrandece,
y tus hechuras a mi vista ofrece.

¡Cuántos brazos la diste, que propagan
la abundancia en su seno!
¡Cuántos son de su gloria defensores,
que perdiera sin ti! Su imperio lleno
de artesanos está, de labradores,
que la industria fomentan, y natura
ve aumentarse por ti la agricultura.

Y vosotros, viciados corazones,
con el lujo engreídos,
de la beneficencia ved el fruto;
y cuando no podáis enternecidos
pagar a sus bondades el tributo
de la santa virtud, volved los ojos
del tiempo de impiedad a los despojos.

Mirad como era entonces el asilo
de tantos inocentes,
asilo del dolor, y la fiereza;
ved los desnudos niños, que impacientes
claman por el sustento; y la dureza
con que una vil nodriza los castiga,
y los deja expirar de hambre y fatiga.

¡Ay!, ellos perecieron; su memoria
me horroriza, me aterra;
No más correr mis lágrimas en vano;
yo vuelvo a la mansión, donde se encierra
de Luisa el amparo soberano;
allí suena su nombre; allí está Amira,
la piedad publicando que ella inspira.

Allí triunfa mi sexo; la nobleza
de la corte española
a su Reina benéfica imitando,
la gloria de hacer bien disfruta sola;
la inocencia a su vista está implorando
en su favor la bendición del cielo
por su prosperidad y su consuelo.

Las madres de estos niños desgraciados
ante el Criador postradas,

a ellos unen sus votos fervorosos
en tierno llanto de placer bañadas:
y yo también, o seres virtuosos,
celebro de vosotras la clemencia,
y admiro y cauto a la beneficencia.

LAS CAMPAÑAS DE BUONAPARTE EN ITALIA

(Oda)

Ven, genio imitador, y de tu fuego
enciende nuevamente el alma mía;
mi espíritu te invoca;
ven a mi humilde ruego.

Cantar deseo; pero nada inspira
acordes ecos a mi amada lira.
Mas ¡ay!, ¿desciendes de laurel ceñido,
y cubierto de acero refulgente,
al Dios de las batallas parecido?
¿Será que vuelas en su negro carro
cuando los pueblos llena
de llanto y luto? Mas tu acento suena.

«Cantora de la Iberia, en vano quieres
»que las sonoras cuerdas de tu lira
»resuenen en el Pindo,
»si no cantas el héroe que te brindo.
»De Buonaparte el hombre victorioso
»llevando por la anchurosa tierra
»el clarín de la fama belicoso;
»el genio de la guerra
»te inspira cantes al que fue en la cuna
»hijo de la victoria y la fortuna.»

Dijo; y deshecho, cual vapor ligero
a los rayos del sol, desaparece:
dijo; y el fuego del airado Marte
mis ideas inflama;
y la sonora trompa de la fama,
que te celebra, Buonaparte, tanto
en pos de ti celebrará mi canto.

Seguiré tus hazañas por do quiera,

defensor de tu patria; por ti solo
vivirá engrandecida eternamente:
sus contrarios del uno al otro polo
quieren impunemente
extender sus conquistas ambiciosas;
mas en vano será; que tú, igualando
el valor de Alejandro, y su ventura,
si él peleaba por domar el orbe,
conquistador funesto, aunque dichoso,
tú por tu patria, por la paz amada,
y porque viva el hombre venturoso.

Por ella, cual Aníbal, de los Alpes
hollar te veo la elevada cima,
donde yacen cansados los guerreros;
sus corazones fieros
marcial ardor con tu presencia anima
suena tu voz, y sienten en su pecho
renacer el coraje y el despecho.

¡Oh!, ciudadanos, dice, ¿así desnudos,
»hambrientos, indefensos,
»la dura muerte sufriréis en vano?
»Mirad el enemigo; en sus inmensos
»batallones habita la abundancia.
»Para salir de males tan atroces
»pelear y vencer manda el destino;
»si os faltan armas, mutilad los troncos
»del alto fresno y la robusta encina:
»ved la Italia vecina,
»que en su seno abundoso
»despojos mil ofrece al valeroso.»

Cesó; y al punto el himno de la guerra
de unas en otras filas va sonando:
quién la nudosa rama desgajando,
suplir la falta del fusil procura;
quién busca en la llanura
piedras enormes que arrojar previene,
cuando se trabe la feroz pelea:
ya llaman al combate pavoroso
el sonoro clarín y el ronco parche;
y Buonaparte impávido y valiente
manda el ataque de la tropa al frente.

Ved a Minerva, que del alto cielo

desciende presurosa,
y cubre con su egide impenetrable
al héroe cuya espada valerosa
combate, porque un día
las ciencias y las artes a porfía
puedan en libertad brillar serenas;
ved que a su brazo para mayor gloria
liga por siempre la fugaz victoria.

Cual suele embravecido el Océano
batir soberbio el escarpado muro,
que el hombre mal seguro
a su inquieto poder opuso en vano;
que al choque repetido
de unas olas suceden otras olas
con ligereza suma,
saltan, se rompen en rabiosa espuma,

hasta que el austro con atroz silbido
agita el seno de su inmensa mole,
y ensanchando la espalda cristalina
se precipita, llega, y lo arruina:
así por todas partes en el choque,
a uno que muere, suceder se mira
otro que, ardiendo en ira,
busca el negro placer de la venganza,
y al enemigo intrépido se lanza.

Oigo precipitar de las alturas
las rocas arrancadas de su asiento;
y en medio del horrendo torbellino
del humo denso que el cañón despide,
la desesperación rugiendo gira:
todo es fuego y horror, y sangre y muerte.
En vano el Alemán, en polvo envuelto,
lidia contra la suerte:
él huye derrotado,
de ardiente rabia y de sudor bañado.

Ya, Buonaparte, logran tus guerreros
víveres, ropas, armas abundantes;
ya el paso de los Alpes te promete
mil lauros venideros;
ya la fértil Italia en sus campañas
presenta nuevo objeto a tus hazañas.

¿Cómo podré de triunfos tan heroicos
el torrente seguir por las riberas
del Tánaro, y el Po, y el claro Adige?
¿Cómo pintar las huestes altaneras
del soberbio Alemán aniquiladas;
sus águilas antiguas sepultadas
en los profundos cauces,
que, henchidos de cadáveres, sus ondas
llevan, tintas de sangre por el llano,
la horrible destrucción del ser humano?

¿Cómo decir, cuán sabio y generoso
del sublime Virgilio
la feliz patria y la ceniza fría
supiste respetar? ¿Cómo podría
celebrar este rasgo de tu genio,
que de Cienfuegos() el sublime canto
eligió para asunto de su ingenio?

Vuelas de un triunfo en otro, y victorioso
llegas a Lodi, cuyo estrecho paso
el Alemán te impide, y de la Galia
los valientes guerreros
intimidán sus huestes numerosas,
parando el raudo curso a sus aceros.

Tú, semejante al rayo desprendido
del hórrido nublado,
fuerzas el puente solo;
y el pabellón francés enarbolado
en la ribera opuesta por tu brío
decidió en este día
a pesar de las balas y la muerte,
de la victoria la dudosa suerte.

En vano Mantua bajo sus murallas
te opone cinco ejércitos soberbios;
en vano de tu gloria
impedir quiere el vuelo venturoso;
rendidos sus altivos Generales
sufren la dura suerte de la guerra:
Milán se goza, y sobre su ruina
la República eleva Cisalpina.

Así por todas partes va cantando
tus hazañas la fama voladora;

así va recobrando
la Galia su esplendor y sus derechos,
que los hijos del Sena
fijarán en los muros de Viena.

Ella también despojo hubiera sido
del héroe valeroso,
si en Campo-Formio el ramo de la oliva
no la diera su brazo generoso,
el verde ramo que la paz anuncia,
objeto de los hombres suspirado.

El labrador cansado,
alzando al cielo la abatida frente,
estrecha entre sus brazos cariñoso
la amada esposa y a sus tiernos hijos,
bendiciendo la paz, que en dulce calma
a su antiguo afanar torna el reposo;
y los bueyes unciendo,
de sudor baña la fecunda tierra,
que dejó estéril la sangrienta guerra.

Vive feliz en la mansión antigua,
hombre de probidad; y la concordia
pueda por siempre tu sencillo albergue
de frutos coronar; pueda el guerrero
olvidar la fatiga en los hogares
de su tranquila patria venturosa;
cuando yo en la arenosa
margen del Nilo esparciré mi canto,
y a Buonaparte seguiré entre tanto.

LA POESÍA

Oda a un amante de las artes de imitación

Oh tú, que protector del genio hispano
elevas la abatida lira mía,
desde el obscuro seno,
do el velo del olvido la cubría,
hasta el supremo asiento, que previene
la fama a la divina poesía;
a ti consagraré tan dulce empleo;
a ti que amas el arte imitadora,

de la música hermana,
y del alma sensible encantadora.

Seguid mi canto, de placer henchidas,
cítaras de la Iberia;
Amira(), alzando el humillado acento,
preconiza la ciencia de Helicon;
y esparce por el viento
los resonantes metros de la Hesperia.
Si de la antigüedad el heroísmo
de los tiempo alcanza el raudo vuelo,
y las puras virtudes celestiales
fueron a par del mundo eternizadas,
por vosotros, Poetas inmortales,
nuestra edad llegaron; de los siglos
las inmensas tinieblas arrostrando,
de anonadar al hombre con su fama
a la huesa arrancáis el triste fuero.

Tal es el arte del divino Homero.
De Homero, que en el templo venturoso
de las musas sentado,
su nombre llevará de gente en gente,
ornada de laurel la heroica frente.

Él enseñó la senda de la gloria
al sublime Virgilio,
y en pos de ellos el Taso
se coronó en la cumbre del Parnaso.
¡Oh! felices vosotros,
genios de imitación, que de su ejemplo
osáis seguir la huella, vencedora;
vuestra lira sonora
ensalza, la virtud, destruye el vicio;
y si cantáis los males, que a la tierra
trajo la horrible guerra,
que adula el corazón del hombre fiero;
detestando las iras del combate,
su mano arroja el homicida acero,
odiando la victoria,
que de sangre manchara su memoria.

De Melpomene augusta los furores
la Grecia nos presenta, embellecidos
por sus sabios autores;
ellos de pompa y majestad vestidos

los héroes de su edad eternizaron;
del ciego fatalismo el duro imperio
a los futuros tiempos demostraron,
y abominando el crimen,
dieron la compasión a la inocencia,
y el sangriento terror a la violencia.

Émulas de su triunfo las naciones
sus felices talentos dedicaron
a mover los sensibles corazones.
En vano tantos siglos de ignorancia
opusieron su espacio tenebroso
a tan noble anhelar; al fin hollaron
los genios de la Italia su barbarie,
y los hijos del Támesis undoso,
rivales de la España,
emprendieron también igual hazaña;

Corneille la atrevida mente alzando
al trágico coturno,
de tantos los desvelos superando,
al gran Racine demostró la senda
del trono de la regia Melpomene,
el que Voltaire y Crebillon ornaron,
y en la margen del Sena lo fijaron.

La lírica corona Euterpe ofrece
sin competencia al tierno Metastasio;
a Horacio dio Polimnia las sentencias
de la pura moral filosofía;
y tú, Erato, tus versos amorosos
a Ovidio y a Catulo.
A Propercio y Tibulo,
hasta que Gésner con suave canto
en metros armoniosos,
retrata de natura el rico manto,
y su numen sencillo
presta a los prados nuevo ser y brillo.

El siglo de oro de la España llega,
y las sagradas musas a porfía
a los hijos del Tajo concedieron
su inspiración feliz; ellos volaron
al teatro español, que embellecieron
con sus divinas gracias florecientes,
abriendo la carrera,

que después imitó la Europa entera.

También al bello sexo le fue dado
a la gloria aspirar; celebra Atenas
a la dulce Corina;
y de Safo inmortal el nuevo metro
dejó de su pasión el fin terrible
a la posteridad eternizado;
que el mérito fue siempre desgraciado.

Tú, tierna musa, de la Galia encanto,
sensible Deshoulieres, guiando el coro
de festivas zagalas y pastores,
a Gésner imitando,
de la inocencia cantas los amores;
Apolo el don de ciencia, tan divina;
a ti concede, a Safo y a Corina.

Eterna gloria a sus felices nombres
mi lira cantará; y arrebatada
en noble emulación sus huellas sigo,
admirando sus genios inmortales.
¡Oh feliz elección, grato consuelo
de mis inmensos males!
¡Oh lira bien hadada!

De tu armonía el atrevido vuelo
resuena en la morada,
donde tu protector la mente inclina
a elevar de tu numen las tareas;
y como de la fuente cristalina
los humildes raudales
aspiran a llegar al Océano,
cayendo de los montes despeñada,
girando por el llano,
corriendo entre colinas desiguales,
las rocas evitando apresurada,
hasta que en la cascada
del soberbio torrente impetuoso
sus aguas junta, el curso facilita,
y al ancho mar con él se precipita:
así mis versos por tu sabio amparo
la envidia vencen, y el temor desprecian.
Mi genio aspira a verse colocado
en el glorioso templo de la fama;
tu noble busto en él será adornado

por las virtudes, y en el duro bronce,
que le sirva de basa, el justo elogio
que te consagro, se verá esculpido,
siendo a tu imagen de este modo unida
la memoria de Amira agradecida.

DESCRIPCIÓN FILOSÓFICA DEL REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO

(Oda a don Manuel de Quintana_

Gracias una y mil veces doy al cielo
de hallarme en soledad; aquí, alma mía,
respira libremente:
¿en tan odioso suelo,
quién puede apetecer la compañía?

La maliciosa envanecida gente,
que corre diligente,
llena de orgullo, de ambición henchida,
de vil adulación acompañada,
y de negro interés prostituida,
es de mí detestada.

¡Oh Quintana! Tú sabes que abomino
estas falaces pompas del destino.
Sabia, fecunda y fiel naturaleza
gime en estos jardines suntuosos
por el arte oprimida;
destruye su belleza
en formas y dibujos monstruosos;

al vano gusto del capricho unida,
imagen abatida
de la virtud sagrada, llora en vano.
¡Con cuánto más placer en las orillas
del claro Gualmedina, el verde llano
vi poblar de ovejillas,
en giros mil acá, y allá saltando
con sus tiernos hijuelos retozando!
Por blanco mármol y dorados bronce

las cristalinas aguas arrojadas
suspendieron mis ojos;
miré en torno, y entonces

las gratas ilusiones disipadas
doblaron el pesar y los enojos.

Vi los tristes despojos
del hombre en sus grandezas engreído;
vi aquellos poderosos altaneros
el obsequio gozar, no merecido
de corazones fieros;
y pretender que logre el egoísmo
el premio que se debe al heroísmo.

Si por el lado opuesto descendiendo
busco del prado la naciente grama,
oh elevada colina,
que el gusto complaciendo,
sirva a mis miembros de mullida cama;
luego en tropel confuso se avecina
la gente, que destina
este lugar sencillo a su recreo.

Vienen con aparato bullicioso
a gozar la hermosura del paseo;
y con desvelo ansioso
mujeres bellas en orgullo iguales,
principios ciertos de perpetuos males.

Ni aun el sagrado templo está seguro
de abrigar la maldad en su recinto;
allí el lujo brillante
no es homenaje puro,
no es tributo de un Dios; a fin distinto
la vanidad del hombre penetrante,
en su orgullo constante,

hizo servir la pompa y la grandeza:
el Ser supremo olvida temerario
al tiempo, que le ofrece su riqueza;
pero el destino vario
doblega al triste cual ligera caña,
y en el soberbio corta su guadaña.

Yo vi desde mi albergue al alto monte
coronar el nublado ennegrecido;
vi, que el celeste fuego
alumbra el horizonte:
lejano el trueno penetro mi oído;

los ecos resonaron con el ruego;

mas luego, amigo, luego
que convertida en lluvia la tormenta,
el huracán en doble remolino
arrebato el peligro, que lamenta
el mísero vecino,
todo volvió a su ser, que la malicia
pronto del cielo olvida la justicia.

Quintana, vuela; sólo tú pudieras
animar mis ideas confundidas,
llenarme de contento;
las horas placenteras
de tu agradable genio ya perdidas
a mi vida prestaran nuevo aliento:
tú, con sublime acento

volvieras el verdor al mustio prado;
sensible y sabio, de amistad movido
mi placer renovaras con tu agrado;
mi ser fortalecido
con tu amistoso trato viviría;
y mi voz contra el vicio elevaría.

LA VANIDAD DE LOS PLACERES

(Oda)

Oigo del mundo el eco lisonjero
sonar gozoso en torno de mi mente,
y la insensata gente
veo correr en vano
sin poder halagar ningún sentido:
¿será, que la fortuna a los mortales
jamás otorgue algún placer cumplido;
o que el fastidio siga a las pasiones,
que no pueden saciar sus corazones?

Genio, que inspiras sin cesar mi canto,
yo me abandono a ti; guía mi acento;
vuela en pos del contento
que el hombre te presenta en su grandeza,
cuando engañado su vivir fatiga,

y sus tesoros por gozar prodiga.

Jamás el espectáculo pomposo
vio del sol al nacer, ni sus oídos
el canto de las aves melodioso
gozaron, cuando el orbe se ilumina;
sumido en ocio, de velar cansado,
la noche se avecina
cuando el lecho dejando lentamente,
torna de los placeres al bullicio,
con que el mundo le encubre el precipicio.

Piensa que puede amar, y ser amado;
y los deleites del amor siguiendo,
un instante engañado
vivió de su ilusión encantadora;
pero nunca gozó: desconfianzas,
ingratitude, traiciones le atormentan;
celos devoradores
le acosan sin cesar con sus furores;
y si en la variedad busca delicias,
el interés le vende sus caricias.

El lujo le previene los banquetes
que la gula inventó; soberbio en ellos
adula su deseo caprichoso
con viandas exquisitas:
naturaleza de su seno hermoso,
los dones le presenta, que cultiva
bañado de sudor el desvalido,
allí desvanecido,
de falaces amigos rodeado,
con extraños licores lisonjea
su apetito estragado,
hasta que en el desorden ya beodo
pierde con la razón el placer todo.

Envilecido entonces, degradado
del nombre racional corre aturdido
del circo al espectáculo sangriento,
en él, igual a las sañudas fieras,
del hombre perseguidas,
tranquilo goza el bárbaro contento
de ver los inocentes animales
rabiando de perecer; y si la suerte
no protege los diestros lidiadores

también sin susto ve llegar su muerte.

Si asiste del teatro a las delicias,
sólo es por vanidad; su entendimiento
desconoce del arte los encantos:
el vano lucimiento
ocupa su atención; no las pasiones
que ve representar; no las desgracias,
ni el castigo, que alcanza el vicio impío,
su corazón movieron,
de sentimientos y virtud vació.

Alguna vez de estruendo venatorio
seguido al campo sale;
y en el placer de muerte embebecido
las libres aves su rigor destruye;
que el privilegio de volar no vale
contra el ronco estallido
de la pólvora atroz; ni el manso ciervo,
ni la tímida liebre,
ni el veloz gamo su vivir libraron;
todos perecen: ¡ay!, cuando se aleja,
rastros de sangre por el valle deja.

Corre luego al festín; el atractivo
de la danza le ofrece sus deleites;
allí en tropel festivo
los mortales alegres se abandonan:
quien, en vueltas acá y allá girando,
en sus brazos conduce la doncella;
quien, rápido saltando,
del bello sexo la pasión excita;
quien, por danzar se agita,
y a los espectadores atropella:
los ojos se deleitan, los oídos;
y el tacto encanta los demás sentidos.

En vano este delirio pasajero
su languidez desvela,
mas poderoso objeto necesita,
para gozar placer; al juego vuela,
al juego destructor; en él consume
su tiempo y su riqueza:
en sus falaces suertes pierde el oro,
que socorrer pudiera cien familias,
y deja entre las manos de un malvado,

lo que aliviar debiera al desdichado.

Si honoríficos puestos solicita,
¡cuánto a su orgullo que sufrir le espera!
La brillante carrera
de los premios emprende,
sin merecer ninguno; en ella ansioso
teme desaires, humillado ruega,
lisonjea, importuna,
y si acaso concede la fortuna
a su anhelar la injusta recompensa,

llega la senectud, y en pos la muerte
se presenta, seguida
del atormentador remordimiento,
de dolencia y terror; en vano entonces
remedios busca, por alivio clama;
el sepulcro lo llama;
baja a su seno, y su memoria en tanto
de nadie logra compasión ni llanto.

¿Y qué placer gozó? Todos huyeron
fugaces, del destino a la inconstancia;
todos en aflicción se convirtieron
cuando llegó su fin. ¿Acaso existe
algún placer durable cual la vida?
¿Acaso el mundo los consuelos niega
de recordar la dicha, aunque perdida?

No, débiles mortales;
la sagrada virtud en nuestros males
brilla, como la luz en las tinieblas;
ella conforta el corazón humano
contra la adversidad; y el poderoso,
que al triste socorrió con larga mano,
consigue venturoso
el supremo placer de hacer felices:
este es solo el deleite duradero
hasta el instante de vivir postrero.

EN LOS DÍAS DE UN AMIGO DE LA AUTORA

(Oda)

Por llegar a la cumbre
del Parnaso eminente,
dejaba alegre mi apacible choza,
antes que por las puertas del oriente
la brillante carroza
de la rosada aurora
fuese de la de Febo precursora.

A celebrar los días
felices de Sabino
al templo de las musas me acercaba,
cuando escuché sonar eco divino,
que el Pindo alborozaba,
y en confusa armonía
el nombre de Sabino repetía.

Apresuro mis pasos,
y, donde Apolo estaba,
vi el coro de los dioses congregado,
que a mi feliz amigo festejaba
con el himno sagrado,
que él mismo componía,
por aumentar la gloria de su día.

Neptuno sin tridente,
Minerva sin la egide,
sin su lanza Belona, y Marte, fiero
sin la sangrienta espada, con que mide
la suerte del guerrero,
cantaban el destino,
que inspiraba la lira de Sabino:

Júpiter sin el rayo,
que aterra a los mortales,
al lado de Mercurio y de Diana
dejaba las moradas celestiales;
mientras Venus ufana
de ser la más hermosa
hizo a Juno quedar más envidiosa.

En tanto vi a las musas
brillantes y festivas,
que a los alegres genios repartieron
sacros ramos de palmas y de olivas.
En pos de esto pusieron
en la cima del monte

verde asiento, que admira el horizonte.

Sabino conducido
por la fama y la gloria:
Sin orgullo sentose. Arrebatada
yo entonces de su dicha, hice memoria
de mi lira olvidada,
y esperé que algún día
su silla se igualase con la mía.

«Anima, caro amigo,
»(le dije) con tu ejemplo
»los versos de mi numen atrevido;
»porque la fama en su glorioso templo
»librarlos pueda del obscuro olvido;
»y a pesar de los hados
»siempre serán tus días celebrados.»

Risueño se levanta,
y antes de responderme,
por aliviar mis infinitos males,
quiso de gracia algún presente hacerme;
y los puros cristales
de la castalia fuente
amistoso señala y complaciente.

Amira, dijo, llega;
bebe el agua que inspira
el amor celestial de las virtudes;
si alguna vez tu corazón suspira,
en seguirlas no dudes;
si su fuego lo inflama,
tu canto gozará de inmortal fama.

Yo bebí, y en mi seno
sentí, que poseído
mi dócil corazón de ardores puros,
los afanes de amor daba al olvido;
y en los tiempos futuros
de la sabia natura
señalara este día mi ventura.

Ya había de las horas
el celo cuidadoso
en el délfico carro los caballos
uncido para el curso vagaroso

El dios a sujetallos
subió sobre su asiento
y luego hollaron la región del viento.

Yo volví con Sabino
gozosa a mi morada,
y del licor de Baco prevenida,
rebotando la taza colorada,
le dije enternecida:
»el resto de este día
»a tu amistad consagre mi alegría.»

EN ELOGIO DE LA REPRESENTACIÓN DE LA OPERETA INTITULADA EL DELIRIO, EJECUTADA EN EL COLISEO DEL PRÍNCIPE

(Oda)

Almas sensibles, escuchad mi canto.
Para vosotras mi olvidada lira
vuelve a sonar no más; bañada en llanto,
en llanto de ternura,
la mágica pintura
del Delirio os presenta; oíd mi acento,
que a vosotras no más dará contento.

Si de la admiración arrebatada
de Marte asolador canté el estruendo,
y los héroes siguiendo,
vi de su carro el giro pavoroso
con sangre señalado,
y de funestas lágrimas regado;
hoy, que del vicio el vergonzoso fruto
movió mi corazón con sus horrores,
responderá mi voz a sus clamores.

Amaneció de luz y gloria lleno
el venturoso día,
que ansió mi corazón; las bellas artes
combaten la maldad; naturaleza
para su triunfo el genio les ofrezco
de un actor singular; por todas partes
la compasión con el terror volaron,
cuando el Delirio en él representaron.

Mirad su frenesí: ¿cuál es la causa
de ese horrible furor, con que se agita?
El juego que os incita,
el juego que su mente ha trastornado,
y al hombre virtuoso ha degradado.
¡Ay! Yo gemí con él; y mis suspiros
y los de un pueblo con los suyos fueron:

¡Ay! Yo lloré con él; pero mi llanto
las lágrimas de todos confundieron:
¡ah!, malvados, temblad llenos de espanto,
oyendo sus lamentos doloridos;
temblad, cuando lo veis romper la tierra
por pagar el engaño; ella algún día
os negará el sustento; y si cavando
osáis buscarle en su abundoso seno,
del corvo hierro el golpe rechazando,
lanzará de su centro horribles gritos,
que dirán: no mantengo los delitos.

Lejos de este espectáculo, vosotras
gentes endurecidas;
lejos de aquí el tumulto en que engréidas
corréis tras los placeres bulliciosas,
entre el vano aparato sin sentido.
El rostro ni el vestido
de este sublime actor, ni la armonía,
que arrebató pintando sus pasiones,
moverá vuestra helada fantasía;

Él habla a los sensibles corazones.
Los que con él en su aflicción gimieron,
también en sus consuelos se gozaron,
cuando al Delirio vieron
la calma suceder. Vuelve piadosa
la cándida virtud: ved el semblante
de esa esposa constante,
que con voz angustiada y melodiosa,
extendiendo sus brazos;
la razón le devuelve en dulces lazos.

La amistad, que la sigue,
con la tierna piedad de un aldeano,
y el alborozo ufano
de la sencilla gente
forman, poniendo fin a su martirio,

el patético cuadro del Delirio.

Música y poesía encantadoras,
genios de imitación, abrid el templo
de la inmortalidad, y en su recinto
coronad al actor, que despreciando
el negro vicio, y la ignorancia hollando,
logró la admiración de nuestra España:
porque tan bello ejemplo
quede a los siglos en el sacro templo.

LA NOCHE

Canto en verso suelto a la memoria de la señora condesa del Carpio

Tinieblas gratas de la obscura noche,
a un corazón sensible, que desea
vivir para pensar, vuestro silencio
la calma anuncia; las veloces sombras,
cayendo de los montes a los valles,
cubren la tierra; el pardo jilguerillo
los últimos cantares repitiendo,
al nido vuela, y el pastor conduce
al redil su rebaño numeroso.

Yo en tanto en esta margen solitaria,
por donde el Tajo sus raudales lleva,
la bóveda contemplo, en que los astros
con invariable giro, de los tiempos
miden las estaciones y las horas.
El sueño huye de mí, y el genio vela;
natura me convida, y elevada
a la vista de tantas maravillas,
mi acento vuela a par de mi deseo.

No cantaré de amor el poderío,
sus penas, su despecho, ni su engaño;
ni tampoco poéticas ficciones:
no el húmedo Orión, ni de las Ursas
ni de Ariadna la corona hermosa;
sino del Ser supremo la grandeza,
del orbe origen: cuanto me circunda,
de su potente diestra son milagros.

Por entre nubes la triforme diosa
en su brillante carro se presenta;
su incierta luz las sombras de los bosques
en las ondas del Tajo me retrata;
y del lago las aguas cristalinas,
semejantes a un fiel y claro espejo,
reflejan de los cielos la hermosura:
esa esfera celeste innumerables
antorchas iluminan; pero el astro,
que preside a la noche, los eclipsa;
ameniza la tierra, y de las nieblas
su esplendor libra la región del aire.

¡Oh noche!, reinas ya en el hemisferio;
reinas: tiendes tu velo silencioso,
y nuevo encanto mis sentidos gozan
al contemplar tu pompa: tú me inspiras
dulce melancolía. ¡Cuánto admiro
esta tranquilidad del universo;
este vasto reposo, que las aves
nocturnas interrumpen! Oh natura,
patrimonio del hombre, ¡qué orgulloso
vive él sin conocerte! Yo no intento
penetrar tus arcanos. ¿Quién sería
tan atrevido, que elevar su mente
osara a tus secretos, siempre en vano?

Humillada a la vista del prodigio
de tu existencia exclamo: Eterna gloria
al soberano Ser, que de la nada
te produjo a su voz, la tierra llena
está de su poder; el océano
besa humilde los límites, que el dedo
de Dios le señaló: los huracanes,
la tempestad horrible, el rayo ardiente
sus leyes obedecen, y en el cielo
el sol brillante por su augusta mano
clavado alumbra al mundo: en tanto giran
en torno de él los orbes refulgentes;
con su calor benéfico la tierra
prodiga al hombre sus preciosos dones.

Eternos no serán: pues sumergido
el ingrato, mortal en sus placeres,
con delitos termina la carrera
de su vida fugaz. ¡Ay!, todo, todo

nace para morir: llegará el día,
en que, hundido en la nada el universo
la justicia de Dios tiemble el malvado:
el caos volverá; la infausta, trompa
sonará en los sepulcros, y a sus ecos
alzará el criminal del frío polvo
la frente descarnada; en ella impresa
de su condenación la seña horrible
por el santo decreto irá grabada.

No así el mortal, que la virtud siguiendo
vivió en el mundo para dar alivio
a la doliente humanidad; él llega
sin temblar ante el trono de un Dios justo,
y allí recibe la inmortal corona
que eternamente lo hace venturoso.
Y tú, alma bella de mi dulce amiga,
tú, que existías para ser amparo
de la infelicidad, ¡con cuánta gloria
habrá premiado tu piedad el cielo!

De alegría mi mente arrebatada
tu benéfica imagen me presenta
en esta soledad: te ven mis ojos,
cual otro tiempo en tu mansión solías,
cercada de infinitos miserables
su indigencia aliviar con larga mano.
¡Ah! Perdieron en ti todo su auxilio;
y la ilusión de tu adorada sombra
huye de mí, cual vagarosa nube,
al eco de sus gritos lamentables.

En tu sepulcro sus gemidos oigo,
mezclados con inmensas bendiciones,
que a tu memoria sin cesar tributan.
Y yo ¿qué diré en tanto? Yo que tuve
en ti una amiga fiel, una defensa
contra mi adversidad. ¿Pintaré acaso
tu admirable talento, el noble fuego
de tu imaginación, las gracias todas,
que en tus acciones sin cesar brillaban,
aquel carácter franco y generoso,
que arrastraba hacia ti los corazones;
o tu genio inmortal, que de las artes
protegió noblemente las tareas?

No: que en vano será. Tú, en la memoria
de cuantos disfrutaron las delicias
de tu dulce amistad, vivirás siempre.
Mi voz en vano cantará tu elogio,
cuando la gratitud de los mortales
publica tu virtud; y por modelo
te presenta a la vista de los hombres,
que a la indigencia niegan el socorro.

Así, mi acento solamente puede
a sus ecos unirse, y de la parca
lamentar el rigor: su rabia impía
nos privó con un golpe anticipado
de todas tus virtudes: ya en la tumba
en paz descansas, y mi llanto inútil
no puedes ver, ni escuchas mis sollozos.
¡Ay! Ya no existes; pero el premio gozas
de tu beneficencia. Si las almas
en la inmortalidad a unirse vuelven,

¡Oh dulce, amiga!, cesan mis lamentos,
y el canto dejo; pues la noche fría
también expira al despuntar el día.

A DON MANUEL QUINTANA EN ELOGIO DE SU ODA AL OCÉANO

(Versos sáficos)

Quise atrevida del sonoro Pindo
hollar la falda, y el orgullo necio
hasta la cumbre del celeste monte
con vano aplauso mi ambición conduce.
Admiro el brillo de castalio coro,
de Apolo el carro, de su luz el giro,
y más admiro, que el silencio reine,
donde reinaba su divino canto.
El dios me anima, y en su bello rostro
dulce sonrisa plácido me muestra,
y así me dice con afable acento:

«En vano, Amira, con tu lira quieres
»en el Parnaso colocar tu nombre;
»busca modelo que tu genio guíe;
»oye a Quintana, que en su canto pinta

»del ancho Ponto las bullentes ondas.

»Las nueve musas en su metro vieron
»el incesante vividor tumulto,
»que el austro agita con airado soplo:
»y todas callan, y su voz escuchan,
»cuando en la orilla contempló la inmensa
»mole argentada, que rugiendo bate
»la dura roca y el soberbio escollo.

»Ora en la arena deslizada corre,
»ciñendo el globo, para ser su tumba;
»y antes del plazo sepultó en su seno
»vastas regiones de ambición henchidas.
»Después al metro dando nuevo giro
»celebra al hombre, que en el cielo arranca
»el rumbo al polo, y a la ignota gente
»lleva el comercio con fecunda mano.

»Mas ¡ay!, que luego de furor cubierto
»el fiero Marte por las naves gira;
»odio y codicia, por do quier le siguen,
»estrago y guerra siempre le acompañan.
»¡Ah! Vieras como se horroriza y tiembla
»oyendo guerra de Quintana el genio;
»y como invoca las sañudas olas,
»porque en su seno puedan sepultarla.

»Vieras Neptuno, cuando oyó su canto
»hundir medroso la arrugada frente
»en el abismo de su inmenso golfo:
»solicitando que Plutón le ceda
»el negro cetro que el averno rige,
»por el tridente que las aguas manda.
»Amira, deja a tu orgulloso intento:
»con nuevo estudio mejorar procura
»el canto antiguo de tu humilde lira;
»y elogia entonces de Quintana el numen,
»honor y gloria de la musa hispana.»

En vano, Apolo; mi obediencia quiso
con alabanzas celebrar su metro.
Tú hacerlo puedes, y el festivo coro:
pero yo en tanto tu favor imploro.

DESCRIPCIÓN DE LA FUENTE DE LA ESPINA EN EL REAL SITIO DE ARANJUEZ

(Romance endecasílabo)

Donde oprimido el Tajo por el arte
en hondo cauce el curso facilita,
mudando en mansedumbre la soberbia,
con que arrastraba su corriente altiva:
yace un frondoso bosque, cuyo centro
la majestad, y la hermosura habitan;
asilo celebrado de las gracias,
morada deliciosa de las ninfas.

Anchurosos canales y cascadas
aumentan de este sitio las delicias,
siendo su estruendo y vagaroso giro
encanto del oído y de la vista.
En sendas mil los chopos siempre verdes
cruzan sus ramos, y su pompa aspira
a eclipsar de la bóveda del aire
la luz quede los astros participa.
Varias fuentes adornan las ochavas
de este ameno pensil, y fertilizan
con desperdicios de cristal el suelo,
donde renace la estación florida:

Pero entre todas la escultura eleva
el nombre de la fuente de la Espina,
obra que diera honor a la memoria
de Praxitéles, de Lisipo y Phidias:
de cuatro cenadores rodeada,
que en medios puntos cubren sus cornisas,
muestra la arquitectura las bellezas
más sublimes del arte y más sencillas.
En el centro frondoso de este cuadro
la fuente muestra su anchurosa pila,
presentando la estatua, en que compiten
la materia y artífice a porfía.

De un joven es, que de su pie doliente
la punta de un abrojo solicita
arrancar cuidadoso, demostrando
con su actitud() el daño de la herida:
desmiente lo insensible de la estatua

la aflicción, que en su rostro se nos pinta;
y a no ser su color dorado bronce,
la humana compasión excitaría.

Los ángulos hermosos de esta fuente
en columnas se apoyan; sus cornisas
sostienen al remate por adorno
el rostro engañoso de las harpías,
por cuya boca y pecho se desatan
los raudales del agua cristalina,
que tejiendo cruceros agradables
quedan al fin en nieve derretida.
En torno de este sitio deleitoso
asientos hay con varia simetría,
que brindan el descanso a los mortales,
el tiempo que disfrutan sus delicias.

Robustos troncos, que la antigua yedra
cubre para aumentar su lozanía,
los ardores de Febo disminuyen,
y hacen templado y apacible el día:
en sus ramos los dulces pajarillos
con alegres gorjeos solicitan
se olvide para oírlos el encanto,
que arrebatara el sentido de la vista.

En fin, naturaleza creadora,
como en su trono, en este sitio unida
del arte a los esfuerzos, sus tesoros
y sus deleites sin cesar prodiga.
Yo admiré su esplendor: una y mil veces
sentí de gratitud el alma mía
llenarse en este plácido recinto,
gozosa de observar sus maravillas;
y en tanto que engreídos los mortales
en loca vanidad su centro pisan,

Apolo me inspiraba dulce metro,
para cantar la fuente de la Espina.

A LICIO

Silva moral

Deja, Licio, que el necio maldiciente,
de la envidia inflamado,
con lenguaje insolente
descubra su rencor: nunca el malvado
miró la dicha ajena
con semblante sereno;
y la maledicencia es el veneno,
mísero fruto de su infame pena.

Tu ancianidad dichosa
siempre amó la virtud; tú has procurado
en tu feliz estado
sofocar de la envidia maliciosa
la ponzoñosa lengua,
que al hombre honrado quiere poner mengua.

Tu noble empeño es vano:
son del necio perpetuas, compañeras
la envidia y la malicia:
así el orgullo insano
acompaña las almas altaneras,
y sus virtudes vicia:
sírvalas de castigo a su delito
vivir abominados,
y aun de sus semejantes detestados:
si en la pobre morada, donde habito,
sus voces penetraron,
compasión y desprecio sólo hallaron.

Sale de la montaña el agua pura,
y lleva su corriente por el prado;
bebe de ella el ganado;
y el animal inmundo antes procura,
que beber, enturbiarla,
y en sus hediondas cerdas empaparla.
Después el pasajero
en busca del cristal llega cansado,
y aunque desanimado
mira turbio su curso lisonjero,
bebe, y se satisface
buscando la corriente donde nace.

Así el hombre sensato
de la envidia el rumor sabio desprecia;
y aunque sienta el infame desacato,
perdón concede a la malicia necia,

y compasivo dice:
¡Oh cuánto es infelice
el mortal, que ocupado
en la mordaz censura,
de sí mismo olvidado,
mira el ajeno bien con amargura!

Bien sabes, Licio tú, cuánto granjea
un corazón sensible y bondadoso,
que su piedad recrea
viendo a su semejante más dichoso:
y aunque sin más riqueza,
que este don que le dio naturaleza,
por sí solo es amado,
feliz en cualquier clase y respetado.

Por esta prenda la amistad sencilla,
el placer, los amores,
a tu mansión llevaron sus favores;
y a tu vista se humilla
temblando el envidioso,
respetando tu asilo venturoso.
Con insensible vuelo
va la tierra girando en torno al día;
y aunque la niebla y hielo
empañen de la esfera la alegría,
nosotros no dudamos,
que siempre alumbra el sol cual deseamos.

Compadécete, pues, del envidioso,
que mira despechado
sus rayos fecundar el monte y prado;
y siempre generoso,
si mi amistad aprecias,
no merezcan tu enojo almas tan necias.

Despedida al Real Sitio de Aranjuez

OCTAVAS

Fértiles bosques de Aranjuez florido,
por donde se desliza el Tajo undoso;
prado de mil colores guarnecido,
do siempre halló mi corazón reposo;

felices avecillas, que a mi oído
halagabais con canto melodioso,
voy a dejaros ya; pero mi acento
antes os mostraré mi sentimiento.

En vuestras agradables espesuras
a mi voz inspiró naturaleza;
en ellas olvidé las amarguras
de mi suerte cruel; vuestra belleza,
mi corazón llenando de dulzuras,
ha cambiado en placeres mi tristeza;
y en vuestro mudo y plácido sosiego
desprecié altiva el amoroso fuego.

Esta tranquilidad, que ha recobrado
en vuestra soledad el alma mía;
la razón, que mi espíritu ha elevado,
para lograr vencer la suerte impía;
y en fin, el tierno metro que ha inspirado
a mi genio la dulce poesía;
a ti lo debo, sitio delicioso,
donde mi corazón fue venturoso.

A Dios quedad, llanuras agradables,
montes, jardines, selvas y cascadas;
mientras respire, me seréis amables,
pues me dieron alivio estas moradas:
el sosiego y la paz, inestimables
tesoros de las horas ya pasadas,
vivan siempre y habiten vuestro seno,
de mil placeres y hermosura lleno.

Quédate a Dios, oh gruta deliciosa,
donde su curso unió Tajo y Jarama;
nunca el verdor de tu arboleda hermosa
destruya el sol con ardorosa llama:
vuestra corriente bañe silenciosa
del verde prado la naciente grama;
y en su llanura las pintadas flores
den al suelo esplendor y al viento olores.

En tu elogio, Aranjuez, se oirán en tanto
los olvidados ecos de mi lira,
sin que la vanidad mueva mi canto,
pues es la gratitud la que me inspira:
aquí cesó la causa de mi llanto;

de mi persecución calmó la ira;
y pues del hado aquí logré victoria,
siempre me será grata tu memoria.